

La utopía andina en debate

Todavía buscamos un Inca

Escribe Marco Martos

De un tiempo a esta parte los científicos sociales, en especial los historiadores, se están ocupando de lo que denominan la Utopía Andina. En este momento, en dos ediciones diferentes una cubana (La Habana, Casa de las Américas, 1986) y otra peruana (Lima, Instituto de Apoyo Agrario, 1987) está circulando el libro de Alberto Flores Galindo "Buscando un Inca: identidad y utopía en los Andes". Esta nota quiere ser una presentación del tema y una invitación a la reflexión.



Los historiadores no pueden ni deben prescindir del presente.

"El problema está en que cuando la historia se hace política puede perder objetividad y ganar sí en pasión"



Historiador
Alberto
Flores
Galindo

autorrealización, motivación de deseos y de acciones.

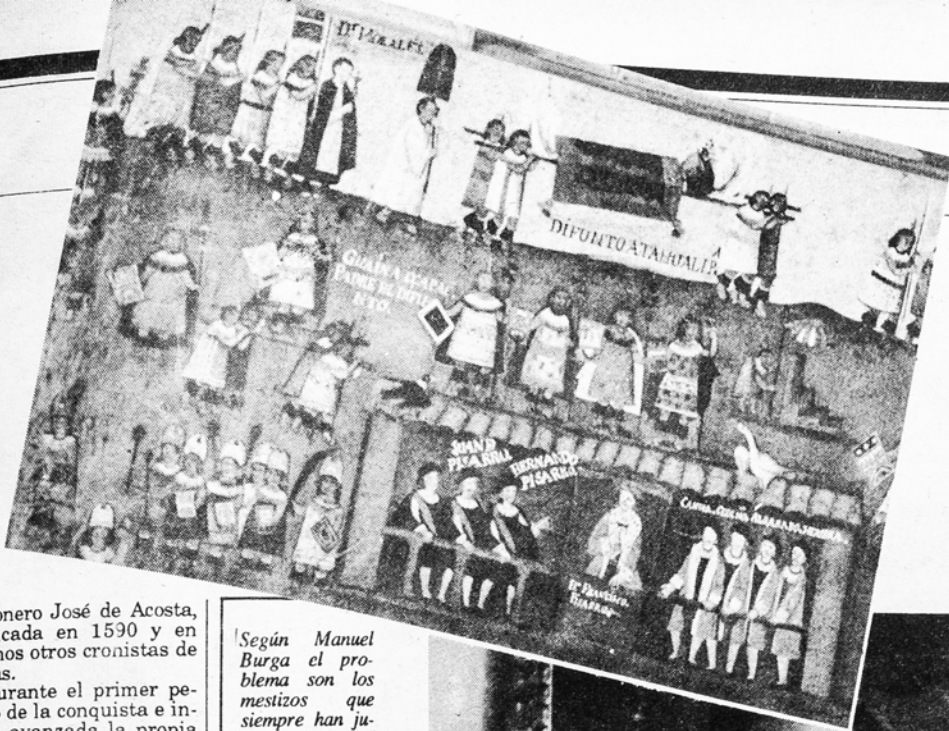
El nombre Utopía, (en griego "ningún error", a partir de la frase de Platón sosteniendo que su República no estaba en ninguna parte de la tierra) lo debemos al canciller inglés Thomas Moro (1478-1535), quien visualizó una isla llamada Utopía donde reinara la justicia y el bienestar. Los ciudadanos de esta mercedada isla podían dormir ocho horas, dedicar diez al ocio y seis al trabajo.

El intercambio de productos entre la ciudad y el campo y la entrega de los productos particulares a los almacenes, impedían la pobreza y sus derivados, el robo, la acumulación, etc. De este modo los metales y las piedras preciosas se convertían en bienes innecesarios. El propio Moro concluía con un suspiro: "Ante esta República utópica debemos conformarnos con soñar, porque es inútil toda esperanza".

VERTIENTES DE LA UTOPIA ANDINA

Una poderosa motivación para los conquistadores europeos de América Latina fue toda la tradición utópica que consideraba a los territorios del Nuevo Mundo como pertenecientes a una sociedad en estado natural sin los males de la civilización europea. El paraíso terrenal, la versión cristiana de la Utopía griega, podía localizarse y se imaginaron numerosos lugares en el Perú, en California, en los más apartados andurriales.

En 1582 Mancio Sierra de Luguizano escribió a Felipe II, pesaroso de haber colaborado a establecer la civilización española en el antiguo paraíso peruano donde antes había "hombre ladrón, impudico, holgazán, maldiciente, adultera, ni gente mala" donde "todos los aprovechamientos eran comunes y cada cual tenía su hacienda" con casas sin llaves por no existir el hurto. Parecidas frases podemos encontrar en "Historia natural y moral de las Indias".



Espanoles e indios

A la izquierda una representación de la muerte de Atahualpa. Dibujo de Guamán Poma (derecha), que encarna simbólicamente el espíritu indígena del presente siglo.

escenario de Taqui Onkoy? Nuevamente, al igual que en el siglo XVIII, la violencia quiere recurrirse bajo el velo de lo incomprensible. Hace falta recurrir, entonces, a ese elemento vertebral del razonamiento histórico que es el método crítico: cotejar las fuentes, ponderar su veracidad, reconstruir los acontecimientos, establecer una cronología y al final no soslayar el juicio moral".

Flores Galindo, como Moisés Finley y Pierre Vidal, dos historiadores preocupados de la antigüedad europea, quiere al mismo tiempo responder a los requerimientos de la política. Sin duda, el propósito parece ser el de convertirse en lo que se llama un intelectual orgánico de las clases populares.

El problema está en que cuando la historia se hace política puede perder objetividad y ganar sí en pasión. En otro texto (2) Flores Galindo ha dicho que desde 1947 han empezado a predominar los mestizos en las ciudades del país que a su vez crecían a costa del campo, y que hasta ahora permanecen como ignorados y que es en este sector donde debe buscarse la respuesta a la pregunta sobre si es posible o no la Utopía.

En el terreno de la política, como puede colegirse de la lectura del propio libro de Flores, rasgos utópicos aparecen casi sin excepción en todo el espectro, desde agrupaciones conservadoras como Acción Popular hasta grupos como Sendero Luminoso y MRTA, los que están fuera del sistema, pero siempre como un elemento concomitante y no decisivo.

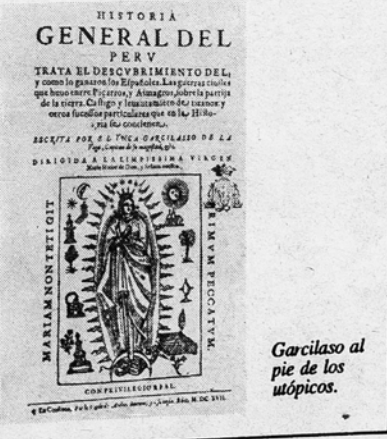
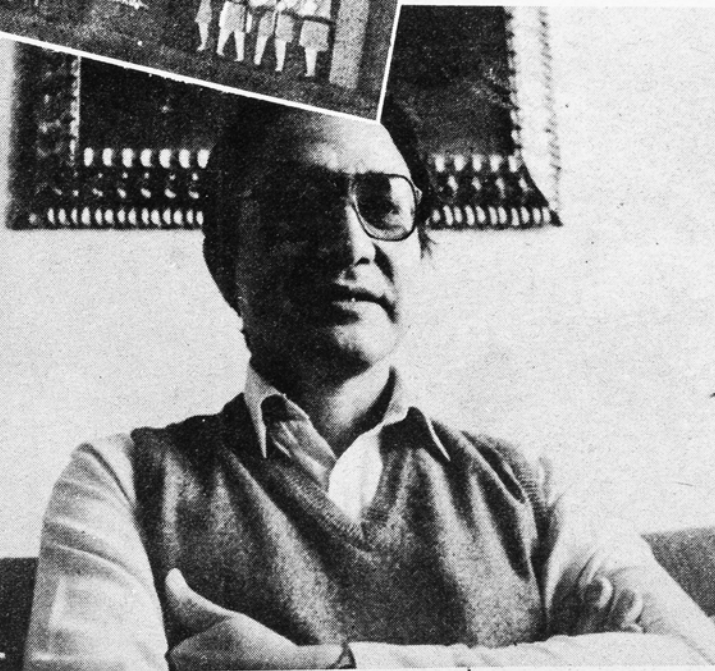
De otro lado, históricamente, todas las utopías han marchado a contrapelo de lo que se llama la civilización. A juicio nuestro no hay razones para pensar que ocurra de diverso modo con la llamada Utopía Andina, salvo que creamos de la circularidad de la historia.

(1) En *El Caballo Rojo* Nº 3. Suplemento del diario "La Razón", Lima 12/8/86.

(2) En *El Caballo Rojo* Nº 1, Lima 28/9/86.

Según Manuel Burga el problema son los mestizos que siempre han jugado un papel de comodín en la historia.

José Carlos Mariátegui.



Garcilaso al pie de los utópicos.

ha subrayado la presencia de factores irracionales en la historia, por eso cuando ha escrito sobre José Carlos Mariátegui ha puesto hincapié en su relación con Sorel; por la misma razón en sus trabajos de prosa tan grata, rápida y nerviosa, en sus ensayos, en el sentido pristino del término, con una simpatía que le es imposible de ocultar, desfilan milenaristas y mesiánicos, rebeldes primitivos, en la terminología de Hobsbawm, que al lanzarse contra fuerzas superiores inevitablemente terminan por ser descalabrados.

La diferencia sustancial de Flores Galindo con otros estudiosos de la Utopía Andina como Manuel Burga, parece ser la preocupación de aquél por insertar la historia con el presente, con la política. El propio Flores Galindo declara que "Los historiadores no pueden ni deben prescindir del presente".

¿Cómo escribir sobre la Utopía Andina sin tratar de la violencia que en estos momentos convulsiona a la región de Huamanga, a esos mismos territorios que fueron el

dír en la historia. El paradigma inicial de mestizo, Garcilaso, quiso elogiar al mismo nivel a lo español y a lo indio. Juzga también que, visto desde ahora, Guamán Poma es más mestizo que Garcilaso y encarna simbólicamente agregamos al Perú nuevo del presente siglo. "Un cronista indio, mal dibujante y peor escritor, pero en el fondo muy coherente, irreverente con el colonialismo, respetuoso del cristianismo y amante del mundo andino".

ALBERTO FLORES Y LA UTOPIA HOY

Desde los finales de los años setenta y en toda la década del ochenta asistimos a rebotes universitarios de la Utopía Andina, que continúan, modifican y a veces quieren interpretar únicamente la labrada poesía y la vehemente prosa ternurosa de José María Arguedas. Estos estudiosos son académicos, investigadores, profesores de historia, de antropología y de disciplinas afines: la mayoría de ellos tiene una rigurosa

formación en universidades nacionales y europeas.

En el caso de Alberto Flores Galindo, su preocupación por el tema de la Utopía Andina viene tanto de una comprobación empírica de la vigencia del mito, cuanto de un voluntarismo de reimplantación de los ideales utópicos.

Esta línea de trabajo suya puede advertirse en el libro que ahora publica que tiene vasos comunicantes con sus investigaciones anteriores donde

misionero José de Acosta, publicada en 1590 y en muchos otros cronistas de Indias.

Durante el primer período de la conquista e incluso avanzada la propia época colonial, núcleos importantes de españoles, principalmente letrados y clérigos, estuvieron convencidos de las bondades naturales del incaico. En la búsqueda misma del Dorado de tantos aventureros, perdularios y gaudiosos como Lope de Aguirre, estuvo vivo el ideal utópico.

Desde otra perspectiva la conquista española cortó una civilización de reciente estructuración. Recién con el Inca Pachacútec se había organizado el estado Inca y aun antes de la guerra civil entre Huáscar y Atahualpa el proceso de integración no estaba bien logrado. En términos metafóricos podemos decir que el imperio incaico no llegó jamás a una mayoría de edad. Cada uno de los pobladores del territorio del antiguo imperio y sus hijos y sus nietos, y los nietos de sus nietos, podía ucrónicamente imaginar que el pasado trunco, la época de los incas, podía volver.

El regreso del Inca, en el fondo la vieja idea circular de la historia, alimentó muchas rebeliones como la de Juan Santos Atahualpa, en 1742 ó la de Túpac Amaru en 1780. Sin duda un elemento importante para la idealización del pasado incaico fue la ex acción generalizada de los españoles contra los indígenas y mestizos.

Manuel Burga (1) ha escrito que la Utopía Andina como programa de reconstrucción de la sociedad indígena fue hasta el siglo XVIII un proyecto aristocrático conducido conscientemente por las noblezas derrotadas del siglo XVI y que esta Utopía admite dos vertientes, de las noblezas indígenas derrotada con Túpac Amaru en 1781 y la Utopía Campesina, libre de influencias ideológicas de las noblezas andinas, en el siglo XIX.

Según el propio Burga, el problema de los mestizos que siempre han jugado un papel de como-